



“Una de las señales de subdesarrollo que tiene nuestra sociedad es la bajísima lectura”



*Apartes de la entrevista realizada por
Jota Enrique Ríos al doctor Nicanor Restrepo Santamaría **

Los rectores de universidades dicen que los muchachos que salen de bachillerato, pasan a la universidad sin saber leer y con un nivel muy bajo de comprensión; sin saber escribir y sin saber matemáticas, es decir, con unas deficiencias tan marcadas que obliga a las universidades a hacer un rediseño de ese muchacho, con los problemas que eso sugiere; ¿cuál es su opinión al respecto?

Creo que eso es cierto. La calidad de la educación, a mi modo de ver, a pesar de que los elementos y los instrumentos de acceso al conocimiento han mejorado, también es cierto que han determinado conductas como la que usted menciona. Yo creo que aquí hay una especie de analfabetismo funcional. He visto y he percibido a unos muchachos que llegan del bachillerato con unas buenas calificaciones pero que no entienden el texto que están leyendo; puede que sepan construir una palabra, pero vaya a ver la ortografía o la forma de construir una frase, es dramático, y lo peor es que el asunto se va agravando. Me parece, pues, que hay unos vacíos muy grandes en la calidad de la educación y que la ausencia de instrumentos como la lectura precipita más a la gente en la ignorancia, porque un analfabetismo funcional lo lleva a no entender una lectura, a no ser capaz de hacer un resumen, a no hacer una síntesis, a no distinguir entre la síntesis y la tesis; eso hace que haya muchas dificultades y que el costo que tiene la universidad para tratar de balancear a esos estudiantes es muy alto, porque se requiere ponerlos en unos niveles adecuados de conocimiento, y eso implica muchas cosas más. Yo comparto esa preocupación de los rectores.

En las empresas, por ejemplo, muchas veces es vergonzoso que ejecutivos importantes no tengan la menor noción de la escritura; eso es, a mi modo de ver, una falla elemental en la educación.

A estas alturas de la vida, ¿qué les puede aportar a los estudiantes de hoy?, ¿qué se les puede decir?

En esa época teníamos que acudir a mecanismos de instrucción y de conocimientos distintos a los de hoy, simplemente porque los adelantos del hombre estaban en otras dimensiones; es decir, que nosotros teníamos que leer mucho para aprender algo. La radio desempeñaba un papel fundamental porque nos contaba lo que ocurría en el mundo; había programas de radio sumamente educativos, uno muy famoso era *Los catedráticos informan*, en el que participaban sabios catedráticos, que, a pesar de ser un programa culto, era de gran popularidad. Por supuesto que no había computadoras.

Todo esto para explicar que la tecnología de ese entonces estaba muy lejos de la de hoy, y nosotros teníamos que acudir mucho más a la lectura. Esto para muchos de mi generación, por fortuna, creó un hábito duradero como lectores, y por eso hoy por hoy sigo siendo un muy apasionado lector. Entonces veo que la lectura, para los muchachos de la generación de hoy es una obligación tan aburrida como preparar una exposición sobre el avance de la filatelia en Cambodia o como cualquier otra cosa que no tiene sentido. Creo, entonces, que hay unas diferencias muy grandes porque el acceso de la gente de hoy al conocimiento es básicamente a través de los sistemas digitales; todas esas fantasías de Internet, de Google, de las redes sociales.

Como se ve, hoy hay una gran economía en el tiempo que en mi época se invertía en explorar el conocimiento, en adquirirlo; y hoy, aunque se puede llegar mucho más rápido, hay que pagar un precio alto por esos cambios. No obstante, a mí el no leer me abruma y me parece que una de las señales de subdesarrollo que tiene la sociedad nuestra es la bajísima lectura.

¿Qué papel le atribuye usted y su posterior éxito en la vida a lo que fue la formación moral en el hogar, a la formación que nace de la disciplina que se tenía en la casa materna y paterna como una primera escuela?

Yo le doy un valor enorme, no en el éxito, porque yo no califico mi vida como tal, sino a lo que ha sido el transcurrir, el recorrido vital que he tenido oportunidad de seguir. Para mí fue fundamental lo que aprendí en el hogar desde el punto de vista de los valores; por ejemplo, la renuncia al usufructo de los bienes terrenales del hombre; mi padre era un hombre absolutamente deshecho de eso, y todos sus 13 hijos compartimos ese mismo criterio; para nosotros nunca la vida fue la búsqueda de la riqueza ni del poder, tema que para mí es absolutamente secundario.



Eso se adquirió en el hogar, sobre todo el respeto por los demás y por las ideas ajenas, lo cual nos lleva a poder asumir una posición pluralista y respetuosa, una actitud de solidaridad y de comprensión; estos fueron valores esenciales inculcados en el hogar, lo mismo que el esfuerzo como único vehículo para salir adelante, el trabajo, la educación, el superar las dificultades, y el elogio de éstas, el cómo se logra con esfuerzo, con paciencia y persistencia para superar muchas limitaciones. Eso para mí fue una enseñanza que se convirtió a lo largo de mi vida en una constante que agradezco y aprecio.

El que lee esta entrevista y conoce todas esas historias se pregunta, ¿y cómo podré yo llegar a ese punto?

Una de las cosas que veo en la gente joven es la impaciencia. Recuerdo que en una de tantas entrevistas le preguntaba yo a un muchacho qué pensaba hacer en la vida y con mucha frescura me respondió: *“Yo quisiera estar en la silla suya, pero mañana”*; mi respuesta no podía esperar, y le dije:

—Sí, magnífico, me parece muy legítimo, pero le va a tocar esperar un rato, porque yo, por mi parte, no estoy en plan de irme, y segundo, me da la impresión que para llegar acá tiene que caminar uno mucho y curtirse un poco en el camino.

Pienso que la impaciencia hace parte de esa incultura en la que nos han montado en esta sociedad de consumo los medios, que hay que tener todo mañana, el culto por las cosas materiales. En mi caso, una de las cosas a las que más valor he dado en la vida es a haber podido tener, como ya lo dije, la gran enseñanza de mi padre, quien nos hizo ver que uno puede vivir desapegado de los bienes materiales del hombre; por supuesto algo se necesita para sobrevivir: techo, salud, educación, afecto, nutrición, etc., pero en cantidades muy moderadas. Ahora que vivo como estudiante desde hace varios años en París, en un espacio físico más pequeño que el de la alcoba que ocupó con mi señora en la ciudad de Medellín, he podido encontrar y demostrarme a mí mismo que a uno le sobra el noventa y nueve por ciento de las cosas, y eso que yo me dediqué a lo largo de mi vida a no acumular ninguna; sin embargo, uno termina coleccionando cosas que no se necesitan. Entonces, la impaciencia con la que muchas veces la gente joven mira la vida hoy, es producto de esos nuevos valores que les crearon en la sociedad de consumo: la riqueza, la apariencia...

Recuerdo cuando yo estaba niño, hasta joven adulto, que uno en Medellín no distinguía los ricos de los pobres; vivían, tal vez, en casas diferentes, más grandes, más espaciales, pero iban por la misma calle, no presumían; hoy no, hoy aquí hay que estar presumiendo: que el carro, que el



Sofos
Grupo de Estudio
y Trabajo Académico

viaje, que la moda, que la gran fiesta; a mi modo de ver, esto es una estupidez generada por la vida de consumo. Uno podría sugerirle a los jóvenes, primero, que la impaciencia es una de las cosas que la juventud hoy tiene que moderar para poder salir adelante; segundo, que uno no avanza sino por la vía del esfuerzo, del aprendizaje, del conocimiento y de la demostración a sí mismo y a los demás que se han asimilado esos conocimientos; o sea que no es simplemente que uno puede llegar, seguramente hay elementos que son producto del azar, pero yo diría que es más un propósito, un propósito que, además, tiene que ser en cámara lenta.

Para avanzar en la vida hay que ganarse el escalón que sigue, y eso no se gana sino trabajando, aprendiendo y demostrando que se puede llegar adelante con persistencia, convencido de que es el esfuerzo el único vehículo que lo lleva a uno adelante, siempre y cuando esté soportado en el conocimiento.

* Agradecemos a Jota Enrique Ríos el préstamo del borrador de su libro inédito, *El kinder de los cacaos*, así como la autorización exclusiva al Grupo Sofos y a la Corporación Otraparte, otorgada por el autor y por doña Clara, viuda de don Nicanor, para reproducir este fragmento.

GRUPO SOFOS
Agosto de 2015